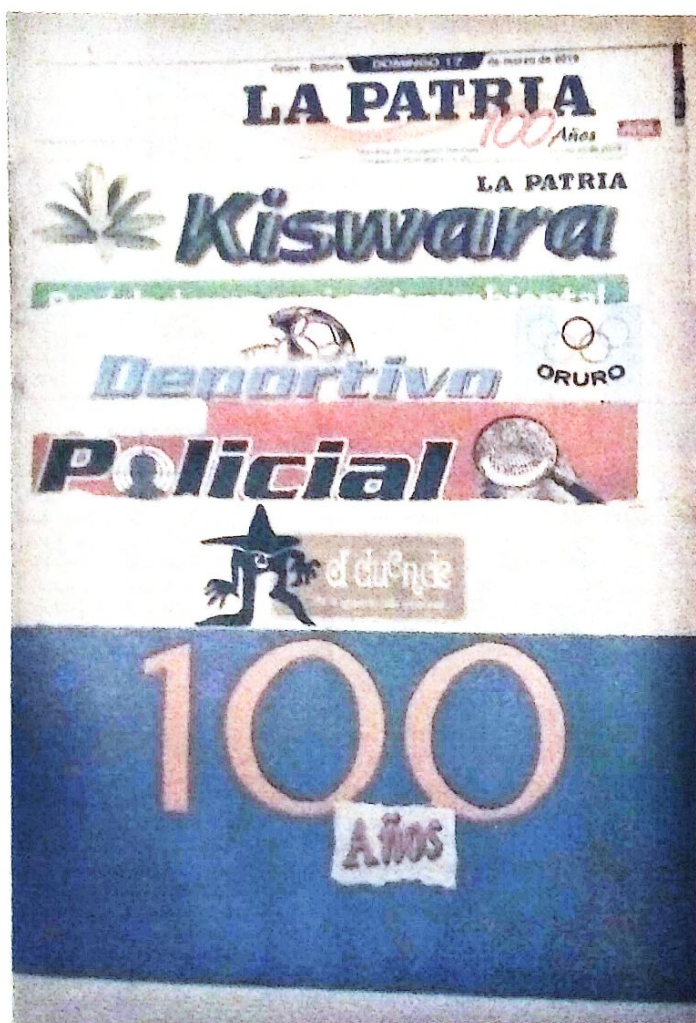




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Erasmó Zarzuela
100 años La Patria

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXVI n° 674 Oruro, domingo 24 de marzo de 2019

LA PATRIA, uno de los medios de comunicación más representativos del periodismo nacional, cumple cien años de incesante labor al servicio de la información y la cultura. Centenario en el que el órgano periodístico ha franqueado asechanzas de todo jaez, nada más que para servir con irrefrenable pasión los intereses orureños y del país.

LA PATRIA, precedida de probidad intelectual, se ha convertido en depositario y testimonio de los tiempos históricos, edificando una tradición entrañable entre los lectores, no como mito ni entelequia sino como evocación encendida de las glorias que la proyectan hacia el porvenir.

El Suplemento Literario EL DUENDE, hechura material de LA PATRIA, desde su escondite perdido en los recovecos de la editorial, saluda con fervor y alborozo este día de Aniversario augurándole fulgentes derroteros en sus propósitos.



El retrato oval

El castillo al cual mi criado se había atrevido a entrar por la fuerza antes de permitir que, gravemente herido como estaba, pasara y la noche al aire libre, era una de esas construcciones en las que se mezclan la lobreguez y la grandeza, y que durante largo tiempo se han alzado cejijuntas en los Apeninos, tan ciertas en la realidad como en la imaginación de mistress Radcliffe. Según toda apariencia, el castillo había sido recién abandonado. Nos instalamos en uno de los aposentos más pequeños y menos suntuosos. Hallábase en una apartada torre del edificio; sus decoraciones eran ricas, pero ajadas y viejas. Colgaban tapices de las paredes, que engalanaban cantidad y variedad de trofeos heráldicos, así como un número insólitamente grande de vivaces pinturas modernas en marcos con arabescos de oro. Aquellas pinturas, no solamente emplazadas a lo largo de las paredes sino en diversos nichos que la extraña arquitectura del castillo exigía, despertaron profundamente mi interés, quizá a causa de mi incipiente delirio. Ordené, por tanto, a Pedro que cerrara las pesadas persianas del aposento —pues era ya de noche—, que encendiera las bujías de un alto candelabro situado a la cabecera de mi lecho y descorriera de par en par las orladas cortinas de terciopelo negro que envolvían la cama, para entregarme, si no al sueño, por lo menos a la alternada contemplación de las pinturas y al examen de un pequeño volumen que habíamos encontrado sobre la almohada y que contenía la descripción y crítica de aquellas.

Mucho, mucho leí, e intensa, intensamente miré. Rápidas y brillantes volaron las horas, hasta llegar la profunda media noche. La posición del candelabro me molestaba, pero, para no incomodar a mi amodorrado sirviente, alargué con dificultad la mano y lo coloqué de manera que su luz cayera directamente sobre el libro. El cambio, empero, produjo un efecto por completo inesperado. Los rayos de las numerosas bujías (pues eran muchas) cayeron en un nicho del aposento que una de las columnas del lecho había mantenido hasta ese momento en la más profunda sombra. Pude ver así, vívidamente, una pintura que me había pasado inadvertida. Era el retrato de una joven que empezaba ya a ser mujer. Miré presurosamente su retrato, y cerré los ojos. Al principio no alcancé a comprender por qué lo había hecho, pero mientras mis párpados

continuaban cerrados, cruzó por mi mente la razón de mi conducta. Era un movimiento impulsivo a fin de ganar tiempo para pensar y asegurarme de que mi visión no me había engañado, para calmar y someter mi fantasía antes de otra contemplación más serena y más segura.

El retrato sólo abarcaba la cabeza y los hombros, pintados de la manera que técnicamente se denomina vignette, y que se parecía mucho al estilo de las cabezas de Sully. Los brazos, el seno y hasta los extremos del radiante cabello se mezclaban imperceptiblemente en la vaga pero profunda sombra que formaba el fondo. El marco era oval, ricamente dorado y afiligranado en estilo morisco. Como objeto de arte, nada podía ser tan admirable como aquella pintura. Pero lo que me había emocionado de manera tan súbita y vehemente no era la ejecución de la obra,

ni la inmortal belleza del retrato. Menos aún cabía pensar que mi fantasía, arrancada de su semisueño, hubiera confundido aquella cabeza con la de una persona viviente. Pensando intensamente me quedé tal vez una hora, a medias reclinado, con los ojos fijos en el retrato. Por fin, satisfecho del verdadero secreto de su efecto, me dejé caer hacia atrás en el lecho. Había descubierto que el hechizo del cuadro residía en una absoluta posibilidad de vida en su expresión que, sobresaltándome al comienzo, terminó por confundirme, someterme y aterrorizarme.

Con profundo respeto, volví a colocar el candelabro en su posición anterior. Alejada así de mi vista la causa de mi honda agitación, busqué vivamente el volumen que se ocupaba de las pinturas y su historia. Abriéndolo en el número que designaba al retrato oval, leí en él las vagas y extrañas palabras que siguen: "Era una virgen de singular hermosura, y tan encantadora como alegre. Aciaga la hora en que vio y amó y desposó al pintor. Él, apasionado, estudioso, austero, tenía ya una prometida con el Arte; ella, una virgen de sin igual hermosura y tan encantadora como alegre, toda luz y sonrisas, y traviesa como un cervatillo; amándolo y mimándolo, y odiando tan sólo al Arte, que era su rival; temiendo tan sólo la paleta, los pinceles y los restantes enojosos instrumentos que la privaban de la contemplación de su amante. Así, para la dama, cosa terrible fue oírle hablar al pintor de su desecho de retratarla. Pero era humilde y obediente, y durante muchas semanas posó dócilmente en el oscuro y elevado aposento de la torre, donde sólo desde lo alto caía la luz sobre la pálida tela. El pintor gloriábase de su trabajo que avanzaba hora a hora y día a día. Era un hombre apasionado, violento y taciturno,

que se perdía en sus ensueños tanto que no quería ver cómo esa luz que entraba, lívida, en la torre solitaria, marchitaba la salud y la vivacidad de su esposa, que se consumía a la vista de todos salvo de la suya. Mas ella seguía sonriendo sin exhalar queja alguna, pues veía que el pintor, cuya nombradía era alta, trabajaba con un placer fervoroso y ardiente, bregando noche y día para pintar a aquella que tanto le amaba y que, sin embargo, seguía cada vez más desanimada y débil. Y, en verdad, algunos que contemplaban el retrato hablaban en voz baja de su parecido como de una asombrosa maravilla, y una prueba tanto de la excelencia del artista como de su profundo amor por aquella a quien representaba de manera insuperable. Pero, a la larga, a medida que el trabajo se acercaba a su conclusión, nadie fue admitido ya en la torre, pues el pintor había exaltado en el ardor de su trabajo y apenas si apartaba los ojos de la tela, ni siquiera para mirar el rostro de su esposa. Y no quería ver que los tintes que esparcía en la tela eran extraídos de las mejillas de aquella mujer sentada a su lado. Cuando pasaron muchas semanas y poco quedaba por hacer, salvo una pincelada en la boca y un matiz en los ojos, el espíritu de la dama osciló, vacilante como la llama en el tubo de la lámpara. Entonces la pincelada fue puesta y aplicado el matiz, y durante un momento el pintor quedó en trance frente a la obra cumplida. Púsose pálido y tembló mientras gritaba: "¡Ciertamente ésta es la Vida misma!". Y se volvió de improvviso para mirar a su amada. ¡Estaba muerta!

Edgar Allan Poe.
Estados Unidos, 1808-1849.
Escritor, poeta, crítico y periodista



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
teléfono: 5288500
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Los pensadores revolucionarios con alma conservadora

H. C. F. Mansilla

Uno de los aspectos más importantes y característicos de la cultura latinoamericana ha sido la existencia de literatos, pensadores y políticos que propagaban ideologías radicales y, al mismo tiempo, se orientaban por valores y principios marcadamente conservadores, cuando no reaccionarios. Por suerte los procesos de modernización y democratización tienden paulatinamente a reducir este fenómeno.

Para explicar esta compleja constelación es conveniente mencionar a los maestros europeos que unían un alma conservadora, heredera de un catolicismo tradicional, con una ideología radical izquierdista, maestros que en América Latina y Bolivia eran considerados como los continuadores autorizados de Marx y Lenin. La teoría asociada a Louis Althusser, por ejemplo, era muy popular, y no sólo en Francia. En las universidades bolivianas y en muchas latinoamericanas era considerado como la última palabra del marxismo y del progreso intelectual a nivel mundial. Ello es comprensible porque este autor usaba un estilo de catecismo jesuítico, que no contenía ni una sola duda acerca de sí mismo. Los escritos de Althusser daban respuestas categóricas y relativamente simples a casi todos los dilemas socio-políticos. Su transformación del marxismo en una doctrina cerrada de corte antihumanista parecía ser congruente con una perspectiva realista, lejos de los inútiles devaneos teóricos de los marxistas críticos. Sus *Apuntes Ideológicos de Estado*, hoy totalmente olvidados, eran vistos como instrumentos de fácil aplicación para explicar todos los fenómenos de la "superestructura cultural y jurídica", por afuera de la base económica, que en el siglo XX se habían convertido en piezas fundamentales del orden moderno capitalista y que los clásicos del marxismo no habían tratado adecuadamente.

Althusser era popular por otros motivos más prosaicos, muy cercanos al autoritarismo rutinario de los universitarios latinoamericanos. A lo largo de su tortuosa carrera intelectual, Althusser fue un católico doctrinario, luego un miembro creyente del Partido Comunista. Justificó los campos soviéticos de concentración y posteriormente alabó la Gran Revolución Cultural Proletaria en la China. Jamás dijo una sola palabra sobre las víctimas. Se le puede reprochar la elaboración de banalidades de sentido común que eran expresadas mediante una terminología innecesariamente complicada. Por ello Althusser exhibía un gran apego por todos los conceptos de Marx que habían permanecido en un estado vago y ambiguo. Este amor a la tenebrosidad era y es algo muy difundido en el ámbito universitario.

En 1992 se publicó póstumamente la autobiografía de Althusser, *El porvenir dura mucho tiempo*, escrita bajo el signo de la "voluntad de sinceridad", donde este autor reconoce que siempre fue un impostor y que conocía mal los textos de los clásicos marxistas que comentaba sin cesar. Lo que sí se percibe en esta autobiografía es la incompetencia moral del autor para distinguir lo importante de lo meramente accesorio. Como se sabe, en 1980 Althusser mató a su esposa en medio de una crisis nerviosa, pero como era un famoso intelectual de izquierda,

la justicia francesa, respetando curiosos privilegios no escritos, no lo sometió a juicio ni tuvo que ir a la cárcel. Y congruente con esas tradiciones, distinguidos pensadores franceses —como el católico conservador Jean Guilton y el ex-revolucionario pro-castrista Régis Debray— lo defendieron, usando los sofismas más descabellados. Guilton le dedicó largas páginas, calificándolo de asesino, pero también de místico y santo. Muchos intelectuales interpretaron el asesinato como una forma político-religiosa de *unio mystica*, un sacrificio voluntario para alcanzar fines espirituales superiores: la unión con Dios. Mi desconfianza frente a los intelectuales se debe, entre otros factores, a su capacidad de fabricar tonterías sorprendentes, que son tomadas en serio por muchedumbres de ingenuos y desorientados. Los casos de Guilton y Debray me asombraron en más de una ocasión por la elaboración de necesidades celebradas de modo entusiasta por la prensa y propaladas masivamente por la televisión.

Un caso similar fue el psicoanalista Jacques Lacan, alumno de Althusser. De acuerdo al ensayista argentino Juan José Sebreli, en América Latina Lacan era inmensamente popular entre los universitarios y los intelectuales de la segunda mitad del siglo XX porque permitía una identificación fácil mediante comportamientos que gozaban (y gozan) de gran aceptación, pues eran admirados como sumamente progresistas (lo cual no ha variado hasta hoy): la teatralidad histérica, el exhibicionismo escandaloso, las extravagancias de modas y comportamientos, la afección de fama y dinero a través del simulacro intelectual. Lacan fue también el cultivador de un lenguaje enrevesado y oscuro, que sus adeptos admiraban como testimonio de un saber profundo y superior. En un raptó autobiográfico —en lo que se asemeja a Althusser— Lacan reconoció que era un impostor.

En América Latina una alumna de Althusser, Marta Hamecker, quien en su juventud también fue militante católica, alcanzó una reputación envidiable con un libro de lectura obligatoria durante décadas: *Los conceptos elementales del materialismo dialéctico*. La obra alcanzó más de ochenta reediciones. Esa envidiable popularidad se debía a las simplificaciones realmente notables que sufrió la doctrina marxista y que estaban avaladas por la exégesis estructuralista que Althusser había predicado durante mucho tiempo. Hasta hoy

Hamecker, quien mantuvo estrechos vínculos con la jerarquía gubernamental castrista, ha defendido a todos los regímenes autoritarios y populistas de América Latina mediante una prolífica actividad literaria.

En el ámbito de las modas intelectuales se dan los mismos fenómenos precarios y efímeros que en la política: quién se acuerda hoy de Marta Hamecker o de Claude Lévi-Strauss y de las severas construcciones teóricas de este último en el marco de su presuntuoso estructuralismo. En la década de 1970 conocí en París un dilatado círculo de estudiantes latinoamericanos, que se reunían tres veces por semana para estudiar cuidadosamente a la santa trinidad de Louis Althusser, Nicos Poulantzas y Marta Hamecker. A la distancia de cuarenta años me pregunto: ¿Habrán comprendido mejor el mundo? Lo poco que sé de ellos es que el más sensible se suicidó, tal vez inspirado por Poulantzas, quien se lanzó al vacío desde un edificio con muchos libros marxistas bajo el brazo.

Lo que sí permanece entre los postmodernistas actuales es el antihumanismo confeso de Althusser y Lévi-Strauss y la inclinación antidemocrática y antipluralista de Hamecker. Muy tempranamente Alfred Schmidt, un notable representante de la Escuela de Frankfurt, quien mantuvo hasta el final de su vida la lealtad a un marxismo crítico, se percató de los elementos antihumanistas y autoritarios del estructuralismo de Lévi-Strauss y Althusser, que significaban un ataque virulento, aunque con ribetes infantistas, al desarrollo histórico del ser humano, y una recaída en el facilismo doctrinario.

Hasta el recuerdo de Roger Garaudy se ha vuelto difuso, casi nulo, después de una larga vida (1913-2012) y de cincuenta libros consagrados a fundamentar y difundir las modas intelectuales del momento, por supuesto con una fuerte inclinación dogmática que tanto gusta a los creyentes de todas las líneas. Garaudy empezó su memorabile carrera como un propagandista del marxismo ortodoxo; fue en sus comienzos un stalinista incondicional, luego una autoridad académica en cuestiones de lógica dialéctica y estudios sobre Hegel, posteriormente diputado, senador y miembro del Politburó del Comité Central del Partido Comunista Francés (PCF). Se llega a esas alturas sólo con la práctica de la astucia y los golpes bajos. La única actuación rescatable de

Garaudy ocurrió en 1968, cuando renunció al PCF a causa de la invasión soviética a Checoslovaquia. Poco después se convirtió a un catolicismo militante, que, obviamente, era la última palabra de la verdad con mayúscula. En 1982 se hizo musulmán ortodoxo, cambió su nombre a Raga'a Garaudy, desplegó una postura francamente antisemita y encaminó sus dotes de escritor a negar todos los crímenes de los fascistas y los nazis contra los judíos. Todas estas modificaciones fueron acompañadas de un gran aparato publicitario que mostraba estos cambios como etapas siempre ascendentes de su ansia de saber y comprender. Yo me pregunto: ¿Serían realmente alteraciones ideológicas dignas de mención? Tal vez Garaudy militó toda su vida en el seno de un espíritu dogmático que admitía una sola explicación del mundo y de la historia, de la cual variaban únicamente los oropeles exteriores. Pero aun así el olvido se ha apoderado de su obra. *Sic transit gloria mundi*.

En el ámbito latinoamericano y en los últimos años se percibe la inmensa popularidad de pensadores y poetas esotéricos y oscuros, envueltos, eso sí, por una terminología revolucionaria y a tono con las modas del día, preferentemente con las corrientes postmodernistas. En un lenguaje barroco —vieja herencia de la época colonial española— combinan estos escritores cosas muy diversas, pero aparentemente afines entre sí: un irracionalismo y ocultismo muy marcados, una apelación a los sentimientos y los instintos, un odio ilimitado a la democracia liberal, un intenso amor a la mística y al misterio y una inclinación vigorosa hacia conceptos emotivos, pero de contenido poco claro. Todo esto está acompañado por una tenebrosidad que deriva su atracción del designio de comprender esencias profundas que están vedadas al racionalismo rampón de Occidente. Estos pensadores cultivan, al mismo tiempo, una evocación incesante a terminar con las maldades del capitalismo, aunque no presentan un programa de alternativas plausibles. Estos escritores izquierdistas son invariablemente adeptos de Martin Heidegger y de las modas francesas del momento. En Bolivia mezclan todo esto con una admiración irrestricta por el poeta y novelista Jaime Saenz. No les importa si Saenz o Heidegger habían demostrado fuertes simpatías por el nazismo alemán. Según ellos las concepciones clásicas de la filosofía —preguntar por las causas y las consecuencias de los fenómenos políticos y por las víctimas de los mismos— se han convertido en cuestiones obsoletas, superadas por el relativismo de valores. Ellos son actualmente los pensadores revolucionarios con alma conservadora.

(*) Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua

Louis Althusser





Lupe Cajías: "Antes de que me anochesca"

"Antes de que me anochezca. 40 años contando historias" es la reunión de relatos escritos entre julio de 1978 y agosto de 2018 por Guadalupe Cajías de la Vega. La obra se divide en cuatro tomos y ocho secciones: I. 1. Sopocachi, La Paz, Bolivia. 2. Personajes. 3. Historias. 5. Recorridos por Bolivia - III. 6. Arte, cultura. 7. Periodismo y comunicación social y IV. 8. El Mundo desde Bolivia. El Duende se honra en reproducir dos textos: Uno que describe los vericuetos motivacionales que llevaron a la prolífica escritora a Villa de San Felipe de Austria y el I Festival Internacional de Poesía desarrollado en 2011.

Amo a la Vida. Amo al Amor que me tocó vivir en esta Vida. Nacida por el profundo amor entre mis padres, hija sexata condenada en otros hogares a la nada, gocé de una infancia feliz, entretenida y llena de personas de diferentes tallas y muchos tonos de voces.

La muerte temprana de mi madre llenó la casa de susurros y temores. Morir era posible y podía tocarme, como al abuelo, a los tíos perseguidos, a los vecinos escondidos de los milicianos. A cambio tenía un patriarca por padre que contaba historias en las largas sobremesas nocturnas o dominicales y el comedor se llenaba de un presidente colgado y su lengua putrefacta; de los estudiantes presos llenos de piojos; de Aquiles o de Krimilda; de los nibelungos y de los troyanos; del tallarín del monseñor y del asado para compartir con el gran familiar.

Tantos personajes pasaban por nuestras sopas o por las compotas que llegué a confundir los reales con los mitológicos y soñaba con la gitana Carmen como si fuese mi tía y con el general benemérito del Acre como si fuese un episodio del texto escolar. Los hermanos esperábamos ansiosos la llegada quincenal de Vidas Ilustres, de Mujeres Célebres, de Grandes Viajes y las otras zagas que por años tuvo a bien publicar como historietas la editorial mexicana Navarro. En la librería nos reservaban ejemplares del Tony, de Intervalo, de Ecran o de Nocturno, y así las revistas entretenidas eran otra gran fuente de conocimiento. Durante centenas de tardes copié artículos enteros de Lo sé Todo y también de Tesoros de la Juventud, llenando cuadernos con letra menuda y desprolija.

Amo a mi barrio, la plaza, la capilla, el mirador y los cerros. Sabía que era un privilegio, una autoestima morar en donde todos los otros pacheos quisieran tener su hogar. Amo a mi colegio, las nuevas historias en español, alemán o inglés, los diferentes autores, las materias, la gimnasia, la música y también la disciplina.

Comencé a escribir muy chica porque supe desde siempre de mi amor por la palabra y por el silencio; por el silencio de la palabra escrita. Cientos de cartas, de diarios y de relatos. Fue papá el primero en darse cuenta de mi preferencia y a mis 14 años me regaló mi primer libro de periodismo. Al mismo tiempo mi profesor de literatura publicó mi primera obra, sólo de cuatro líneas, sobre una visita al cementerio y vi mis ideas y mi nombre cito en letra de imprenta como un sueño vanidoso y solitario. Desde entonces, medio siglo, no he dejado de escribir y escribir y escribir.

Aprendí muy temprano que la vida era un permanente desafío entre el Destino, que nos lleva casi como un accidente a nacer en un lugar y enfrentar muchos obstáculos y la Voluntad, que nos abre caminos para elegir y decidir.

Amo a un hombre que es mi marido, desde adolescente, probablemente hasta que seamos viejos. Amo tener hijos que son mis cómplices y primeros lectores. Ellos me aman y me dan otros hijos. La vida me dio la gracia de vivir en el mismo lugar donde nací hace 63 años; seis generaciones desde la bisabuela Luisa. Siempre desde una ventana, sobre la mesa donde tengo mis cuadernos y mis apuntes, que me separan del mundo que rueda afuera, apenas por un cristal blanquecino.

Viajo mucho, más de 40 países en distintos continentes, casi cuatrocientas ciudades, toda Bolivia, desde sus corazones húmedos a las orillas fronterizas. Dormí en centenas de diferentes camas y camastros en aldeas, poblaciones, ciudades. Es más, la vida me dio un mé-

rito que no es mío, ganarme el pan diario con el mismo oficio escolar: contar historias, muchas historias de acá y allende la mar.

También por destino más que por esfuerzo, me tocó trabajar en todos los medios modernos posibles: la radio, la televisión, la prensa, la corresponsalía, la columna de opinión, el blog. Fui reportera callejera, redactora, directora, responsable, productora, enviada especial y muchas veces testigo de las batallas atávicas. No me faltó la invitación para ser dirigente sindical, dirigente del gremio asociado y de sus tribunales honoríficos. A veces alguien me ofreció publicar estos artículos en un libro para salvarlos de su propia finitud de periódico, que vive el tiempo de una mariposa, el espacio de una jornada. En ese entonces, no quería quitar ese aroma de olvido.

Pasaron los años, las décadas. ¡Cuarenta años desde mi primer sueldo en el vespertino Última Hora!

Revisé los antiguos manuscritos, casi todos teclados en la vieja Brother que me regaló también papá a mis 17 años, un lujo de la época; viajera máquina que me acompañó en exilios y partidas. Encontré mis temas recurrentes, casi siempre los mismos, el amor, la muerte, el barrio, los personajes, las ambiciones, los asesinatos, los poetas y pintores, el teatro anarquista, las luchas de los colombianos, de los sandinistas, las guerrillas y las guerras, los turcos y los sirios, el poder abusivo, los militares y sus dictaduras, los conciertos

en el Municipal, las orquídeas en las ferias, la bicicleta de los niños, las abarcas de los marchistas, los dinamitazos, los congresos obreros, la fuerza de las mineras, la tristeza en el páramo, bailes y carnavales, presidentes y cocineras, un niño muerto por su tía, una madre de desaparecidos, la danzarina y el guitarrista.

Me di cuenta que, por años, en el día a día, había escrito sin saber, mi visión de la historia de mi familia, de mi ciudad, de mi país, de la humanidad. Entonces decidí darme un regalo, ordenar y publicarlo todo, así sean muchas páginas, varios tomos de esta larga obra. Es la herencia para mis hijos y para sus hijos. Nada es más importante; les ahorro la tarea de recopilarme.

Algunos artículos estaban en las gavetas guardados ya impresos, con fecha y otros datos; otros son sólo la copia en papel carbónico del original enviado al periódico en La Paz o en alguna ciudad de Bolivia porque publiqué en distintos sitios. Saqué notas en México, El Salvador, Colombia, Chile, Perú, Uruguay, Argentina, Brasil (en portugués, antes de casi olvidarlo), en España, y mis guiones para la televisión hispana en Estados Unidos, para la belga, para la alemana. Una montaña de papeles.

Está reproducido casi todo, apenas deseché algunos comentarios demasiado coyunturales, presentaciones simplonas, respuestas a encuestas, festejos. Tampoco incluyo a mis libros de biografías, de historias y de ficción, salvo prólogos publicados en periódicos. Reservo para otra ocasión los artículos en el Semanario Aquí y una colección de notas en suplementos literarios.

Hay muchos temas repetidos, como notará el lector, pero los mantuve tal cual, porque cada vez añadía algo nuevo o corregía informaciones orales incompletas, nuevos datos, algunos casi imperceptibles. Algunos los saco anualmente porque los sé irresueltos, como la salud de los niños y de sus madres. Algunos son tan repetitivos que aburren: el poder, la corrupción; los abusos parecen los mismos desde los setenta a los noventa; desde el viejo siglo al 2018. Dejé de citar los artículos de opinión que ya están en la nube, son casi una cantaleta del estropicio que vivimos.

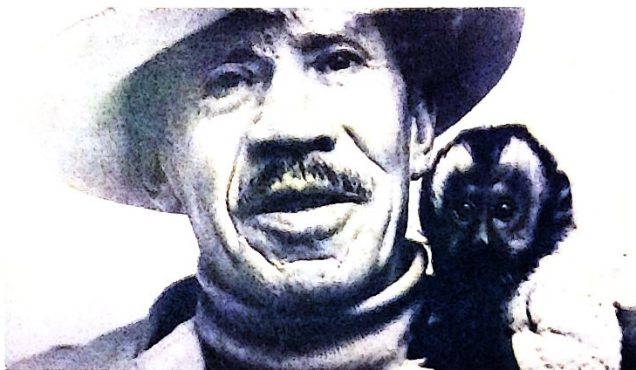
Hay muchos lugares que me obsesionan, desde mi origen, mi patria, mi segundo lar en Bogotá; los dos años entre Panamá y las guerras en Centroamérica; Palestina, Alemania. Vuelvo siempre a esos escenarios, a sus pueblos y personajes, a sus leyendas y realidades.

Hay personajes que viven en mí, aunque ya están muertos y los cito siempre y los recuerdo como mis padres literarios, o simplemente como a mis me-





Augusto Céspedes, el gran narrador



Augusto Céspedes

de la literatura boliviana que figura entre los cien mejores relatos de la literatura universal y entre los veinte seleccionados por Germán Arciniegas para "The Green Continent". Tal vez sea, merecidamente, el cuento boliviano más antologado y con mayor número de traducciones.

Piero Castagneto afirma que "uno de los más famosos cuentos bolivianos inspirados en esta guerra es 'El Pozo', de Augusto Céspedes, que relata la obsesiva excavación de un grupo de soldados sedientos en busca de agua. Como para corroborarlo, un veterano de esa nacionalidad recordaba un episodio parecido, donde sus compañeros esperaban el

anuncio de "¡agua...!", quizá "con mayor intensidad con la que resonara después la palabra ¡paz!". El líquido elemento es un factor que por sí solo resume el carácter de esta contienda, librada hace siete décadas en el corazón de América".

René Zabaleta Mercado, uno de los más importantes intelectuales bolivianos de la segunda mitad del siglo XX, afirma que "El Pozo es el otro yo de la trama. Esta se compone de actos pero el Pozo es siempre sólo una potencia, una latencia. Son dos líneas (la suerte de los hombres alrededor del Pozo y la suerte del Pozo mismo) cuya unidad se resuelve dialécticamente: los contrarios se unen en la muerte cuando ya no es importante encontrar agua".

El cuento toma la estructura de un diario de campaña escrito por el Suboficial Boliviano Miguel Navajas entre el 15 de enero y el 7 de diciembre de 1933. El militar va tomando apuntes de lo que será su nueva misión: cavar un pozo para saciar la sed de sus compatriotas, dicen que si se cava lo suficiente se acaba por llegar al infierno y es allí donde nos sitúa Céspedes: "Esta tierra del Chaco tiene algo de raro, de maldito."

A medida que leemos el diario acompañamos a Navaja a revivir la tragedia que nos va contando, día tras día. Por momentos el relato alcanza ribetes poéticos: "Otra vez el calor. Otra vez este flamear invisible, seco, que se pega a los cuerpos. Me parece que debería abrirse una ventana en alguna parte para que entrase el aire. El cielo es una enorme piedra debajo de la que está encerrado el sol."

Céspedes no solamente narra la miseria de la guerra, sino que nos permite atisbar otros dramas tan propios de los seres humanos. A través del cuento también nos podemos dar cuenta de la discriminación social, en un fragmento el suboficial Navajas dice: "He destinado 8 zapadores para el trabajo. Pedraza, Irusta, Chacón, el Cosñi, y cuatro indios más.", por supuesto que es evidente los de "cuatro indios más", es decir los indios no tienen nombres como los blancos o mestizos, son los "nadies", los anónimos, los "carne de cañón", sirven para incrementar las cifras de muertos y desaparecidos. Los indios no les interesaban a los oficiales como a la sociedad tampoco.

Homero Carvalho Oliva. Beni, 1957. Escritor



página

hezca"

or la periodista, historiadora y escritora

3. Vida y muerte - II. 4. Historia de las

ando desde Bolivia.

plasmear su obra, y otro a propósito de la

jores amigos. Presento, pues, una colmena, llena de casillas, de cera dura y de dulce miel.

Antes que termine el día. Antes de que me anochezca.

ORURO, GRINGA Y GITANA

"Aquí las gentes no preguntan de dónde viene el hombre, cuando trae en las manos la crispación dichosa del trabajo. ¡Alta tierra de Oruro! Eres enamorada del gringo y del gitano. Tu cosmopolitismo tiene un vigor geográfico, eres la tierra de los libres, todas las tiranías se abatieron bajo el fragor de tus varones"

¿Qué mejor síntesis de Oruro que el verso de su gran poeta Luis Mendizábal Santa Cruz? "Enamorada del gringo y del gitano", así recibió siempre al forastero y ahora se prepara para acoger a decenas de poetas que podrán compulsar esa ciudad llena de mitos y símbolos, hospitalaria.

El poeta cruceño, Benjamín Chávez, quien ha hecho de la tierra del páramo su hogar familiar y literario, se atreve a organizar el primer Festival de la Poesía con un alcance internacional que dará a los orureños otra oportunidad de combinar el color de su carnaval con la pasión de la palabra.

La idea del premiado vate tiene el antecedente continental del prestigioso Festival de Poesía que organizan los amantes de La Paz en Medellín desde la época más trágica de aquella urbe colombiana. Más allá de los sicarios y de los narcos, los "paisas" acogen a poetas que leen sus versos en el inmenso estadio: la muchedumbre también quiere líneas de amor y belleza.

Hay experiencias propias como fueron los Juegos Florales Bolivianos y, sobre todo el Festival de Poetas que organizaba el querido poeta/yatiri orureño Alberto Guerra Gutiérrez (1930-2006) que dio vida verdadera a lo que eran los congresos de poetas en los años 60. Guerra unió el servicio a la cultura como funcionario público municipal y como líder de los intelectuales orureños. Así sembró el camino que ahora sigue Chávez.

Además, la dinámica del fallecido literato encontró una senda profunda con el grupo de orureños que creó el Suplemento Cultural "El Duende", publicación quincenal de LA PATRIA. Esas páginas reúnen a escritores y presentan cada vez una obra plástica del extraordinario Erasmo Zarzuela.

"El Duende" no podría funcionar sin el respaldo de la empresa privada visionaria y comprometida.

Luis Urquieta, Presidente de la Zona Franca de Oruro (ZOFRO), alienta año a año esa publicación. En 2009, este grupo creó la Fundación Cultural ZOFRO para promover y gestionar la actividad cultural. Su primera actividad fue la publicación de bellos libros, incluyendo la obra la Zarzuela. Ahora, ZOFRO coauspicia el Festival de Poesía, que también pasará por La Paz con el apoyo de la Carrera de Literatura de la Universidad Mayor de San Andrés.

Oruro tiene la ventaja de ser patria chica de grandes poetas como el nombrado Mendizábal, Guerra, Alcira Cardona, José Enrique Víaña, Hugo Molina Víaña, Marlene Durán, Gladys Dávalos, Ángel Torres, Luis Ramiro Beltrán, Alfonso Gamarra, Silvia Mercedes Ávila, Edwin Guzmán, Julia García, Míriam Montaña, Gustavo Zubieta, Guido Calabi y el más laureado, Eduardo Mitre. Además de esa tierra es el mayor crítico literario nacional, Luis H. Antezana, y Ramiro Condarco, Adolfo Cáceres, Adolfo Mier y tantos otros intelectuales.

Publicado en La Patria, Columna "Desde la Tierra" (Sábado, 16 ene.2010)

Augusto Céspedes fue de esos milagros que suceden, de cuando en cuando, en las literaturas nacionales, una personalidad cuya obra y vida sigue y seguirá siendo objeto de estudios. Entre sus libros se destaca Sangre de mestizos, relatos de la Guerra del Chaco. Un conflicto en el que durante tres años (1932-1935) Bolivia y Paraguay se desangraron empujados por empresas transnacionales que se disputaban un territorio petrolero. Eduardo Galeano dice "Están en guerra Bolivia y el Paraguay. Los dos pueblos más pobres de América del Sur, los que no tienen mar, los más vencidos y despojados, se aniquilan mutuamente por un pedazo de mapa. Escondidas entre los pliegues de ambas banderas, la Standard Oil Company y la Royal Dutch Shell disputan el posible petróleo del Chaco".

Murieron cerca de 50 mil bolivianos y 40 mil paraguayos. La guerra es uno de los temas recurrentes de la literatura y la del Chaco fue motivo de novelas, poemas, canciones, ensayos y cuentos creados por escritores de ambos países. Entre los narradores destacan dos de ellos, uno paraguayo, Augusto Roa Bastos (Asunción, 1917-2005) y uno Boliviano, Augusto Céspedes, nacido en Cochabamba en 1904 y fallecido en La Paz en 1998, ambos escritores fueron protagonistas de esa guerra. Al término de la misma, Augusto Céspedes salió junto con un grupo de intelectuales, que conmovidos por la tragedia y con un grande sentimiento nacionalista, fundaron un partido político que, años más tarde, en 1952, realizaría la llamada Revolución Nacional.

Los dos augustos fueron grandes escritores y en la madurez de sus vidas explotó el Boom de la literatura latinoamericana con los nombres ya conocidos, entre ellos el del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, no así el de nuestro compatriota, cuya obra tenía suficientes méritos y calidad literaria para que su figura formara parte de esa generación que cambió el rumbo de la literatura en lengua española.

Jaime Iturrí, periodista y escritor boliviano, afirma que "Si Carlos Montenegro fue el ideólogo, el "Chueco" fue el luchador desde la pluma, desde la tinta y el papel". Son muchos los libros como El dictador Suicida, Metal del Diablo, polémico libro sobre los barones del estaño que fue quemado en 1947 durante una manifestación en su contra. Además de otros títulos que prueban su afiliación sin ambages a la causa revolucionaria.

Publicó un libro de cuentos Sangre de Mestizos, relatos de la guerra del Chaco. Entre los cuentos de este libro, publicado apenas se firmó el armisticio, en la que participó como soldado, se destaca el cuento "El Pozo", uno de los más importantes

Día Mundial de la Poesía

21 DE MARZO



Suspiro

Si en tus recuerdos ves algún día
entre la niebla de lo pasado
surgir la triste memoria mía
medio borrada ya por los años,
piensa que fuiste siempre mi anhelo.
Y si el recuerdo de amor tan santo
mueve tu pecho, nubla tu cielo,
llena de lágrimas tus ojos garzos;
¡ah! no me busques aquí en la tierra
donde he vivido, donde he luchado,
sino en el reino de los sepulcros
¡donde se encuentran paz y descanso!

Asunción Silva. Colombia, 1865-1896

El poeta es un fingidor

El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que hasta finge que es dolor
el dolor que en verdad siente.
Y, en el dolor que han leído,
a leer sus lectores vienen,
no los dos que él ha tenido,
sino sólo el que no tienen.
Y así en la vida se mete,
distrayendo a la razón,
y gira, el tren de juguete
que se llama corazón.

Fernando Pessoa. Portugal, 1888-1935

Síndrome

Todavía tengo casi todos mis dientes
casi todos mis cabellos
y poquísimas canas
puedo hacer y deshacer el amor
trepar una escalera de dos en dos
y correr cuarenta metros
detrás del ómnibus,
o sea que no debería sentirme viejo
pero el grave problema es que antes
no me fijaba en estos detalles.

Mario Benedetti. Uruguay, 1920-2009

Yo no soy yo

Yo no soy yo.
Soy este
que va a mi lado sin yo verlo,
que, a veces, voy a ver,
y que, a veces olvido.
El que calla, sereno, cuando hablo,
el que perdona, dulce, cuando odio,
el que pasea por donde no estoy,
el que quedará en pie cuando yo muera...

Juan Ramón Jiménez. México, 1881-Puerto Rico, 1958

Consejo mortal

Levanta tu edificio. Planta un árbol.
Combate si eres joven.
Y haz el amor, ¡ah, siempre!
Mas no olvides al fin
construir con tus triunfos
lo que más necesitas:
Una tumba, un refugio.

Gabriel Celaya. España, 1911-1991

Relieves

La poesía es como una piedra
en medio del camino.
El buen poeta tropieza en ella y cae.
El mal poeta nos la tira a la cabeza.

Ángel Crespo. España, 1926-1995

Poema XCII

Lesbia dice pestes de mí todo el tiempo
y no para.
¡Que me muera si Lesbia no me quiere!
¿Cómo lo sé?
Porque me pasa lo mismo:
La maldigo a todas horas,
pero ¡que me muera si no la quiero!

Catulo. Roma 87 a.C. - 57 a.C.

Cuerpo, recuerda

Cuerpo, recuerda no sólo cuánto te amaron,
no sólo los lechos en que yaciste,
sino también esos deseos por ti
que brillaron claros en los ojos,
y temblaron en la voz- y que algún
obstáculo casual hizo fútiles.
Ahora que todos ellos pertenecen al pasado,
casi parece como si te hubieses
entregado a esos deseos- como brillaban,
recuerda, en los ojos que te miraban;
como temblaban en la voz,
por ti, recuerda, cuerpo.

Konstantin Kavafis. Grecia, 1863-1933

Carta a una desconocida

Cuando pasen los años, cuando pasen
los años y el aire haya cavado un foso
entre tu alma y la mía; cuando pasen los años
y yo sólo sea un hombre que amó,
un ser que se detuvo un instante
frente a tus labios,
un pobre hombre
cansado de andar por los jardines,
¿dónde estarás tú? ¿Dónde
estarás, oh hija de mis besos!

Nicanor Parra. Chile, 1914-2018

Tras la cortina de incienso: La novela censurada de Olga Bruzzzone de Bloch

Freddy Zárate. Escritor. La Paz

Distintos estudios de la época inquisitorial en Hispanoamérica afirman que esta fue una de las instituciones judiciales de naturaleza religiosa más severas que haya podido imponer el hombre para combatir la disidencia y el pensamiento heterodoxo a través de la censura, el hostigamiento, la tortura y la destrucción de libros en nombre de Dios. Esta nefasta herencia hispano-católica estableció elementos que configuraron en el absolutismo político y el fanatismo religioso que influyeron negativamente en el quehacer cultural hispanoamericano, teniendo como resultado la quema de libros, la confiscación, la intolerancia y el silenciamiento de textos anticlericales o contrarios a un determinado régimen político.

Al respecto, es ilustrativo el caso de la poetisa boliviana Olga Bruzzzone de Bloch (1909-1996), quien en plena dictadura militar de Hugo Banzer Suárez, publicó su primera novela intitulada *Tras la cortina de incienso* (Talleres de Litografía e Imprentas Unidas, La Paz, 1974). El relato de Bruzzzone inicia describiendo una festividad religiosa en una comunidad del altiplano, en donde sus moradores "danzan como si espíritus demoníacos los animaran" llegando a desembocar en un fanatismo religioso lleno de alcohol y desborde sexual. Este escenario es favorable para que el párroco "lleno de deseos ocultos debajo de su mugrienta sotana" lleve adelante su plan de intercambiar las joyas de la venerada Virgen para luego fugarse a Europa. El cura en tanto aguarda el momento oportuno para sustraer las joyas, pide a su fiel cómplice no perder de vista a una de sus feligreses que se encuentra bailando y bebiendo: "Rafito dirigiéndose a la puerta exclama: ¡Está a punto...! Tienes que apurarte *tata*. Frotándose las manos el cura se cambia su sotana por un colorido poncho indígena, se cubre la cabeza con un gorro de lana (...). Después de un rato el cura vuelve diciendo: ¡Ay Rafito... sírveme un trago de buen pisco... se lo merece la *mitilla*... qué hembra carajo".

Con varias maletas en mano, el cura y su acólito montan sus respectivas cabalgaduras perdiéndose en la noche. Luego de recorrer un largo trecho, se transportan en un vehículo "por la polvorienta carretera que se confunde con el gris de aquel largo camino. En el interior de la cabina se encuentra cómodamente ubicado el sacerdote concentrado en la lectura de su libro de oraciones". En el trayecto del viaje la radio del automóvil transmite música variada, alternando propaganda comercial, y de pronto interrumpe el noticiero dando a conocer el robo de lienzo del convento de franciscanos de una ciudad del valle. Esta noticia perturba al cura, puesto que le preocupan las medidas de seguridad que tomaron las autoridades policiales para evitar que las pinturas salgan del país: "Estos frailes de mierda van a hacer fracasar todos mis proyectos, pues si requisan la camioneta tendré que maldecirlos eternamente". Al llegar a una posada, el sacerdote decide cambiarse su sotana por un traje:

"El padre Joselín ahora tiene apariencia de un comerciante o de un vecino de la localidad, sin embargo mantiene en sus férvidas manos el breviario y mecánicamente pasa las hojas, tal vez, para aparentar ante el reservado chofer, el alto espíritu religioso que lo anima". Cerca de la media noche llegan a un control de vigilancia y pasan sin contrariedad alguna el "estricto" puesto de vigilancia. Cansado por el largo viaje, el cura cae en un profundo sueño, en donde logra llegar al Vaticano con el malefón de joyas de la Virgen, mismas que son entregadas al Santo Padre, para luego recibir todos los honores de parte del clero. El vehículo frena de manera abrupta en una posada, despertando al cura de su hermoso sueño.

La novela en otro pasaje muestra un diferente escenario pero similar en trama cuando "el padre Ubaldino, cura párroco de la capilla del Leño Sagrado, quedose dormido, sentado en un muelle de sillón", cuando violentamente tocan la puerta, al abrir el portón se sorprende al ver a su sobrino Diego Grats con las manos ensangrentadas. El párroco limpia cuidadosamente los vestigios de sangre de su sobrino y decide que permanezca en el convento. En su estadía recibe la afectuosa hospitalidad de las monjas que hace que exclame: "¡Cuántas vírgenes anhelantes de placer encierra el convento! ¡Ah!, si él pudiera hacerse sacerdote... un resplandor de lujuria ilumina su rostro (...). Magnífica y envidiable profesión la de mi tío, rodeado de mujeres... ¡pobres mujeres! condenadas a renunciar a su derecho a la maternidad, dando lugar a que sus contenidos deseos desemboken por torcidos cauces, haciendo de la homosexualidad el escape de sus frustraciones, a sus instintos naturales y a su forzada continencia".

Descansando en el pabellón de huéspedes, Grats siente unos golpes a la puerta y

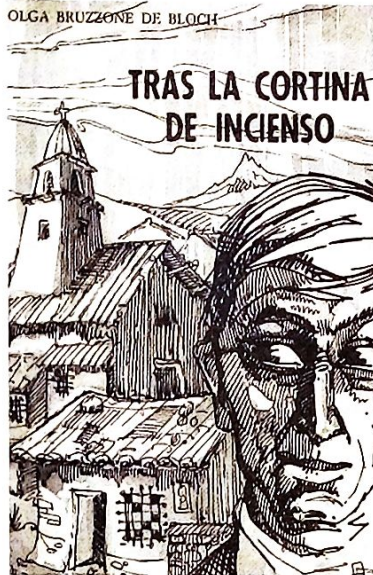
no le da tiempo para cubrir su desnudo torso, "ante la blanca y pálida figura de Sor Inmaculada, Diego Grats queda petrificado en el sitio", la monja trata de retroceder y huir, pero sus pies se hacen lentos. Grats hábil estrategia sabe cómo actuar frente a esta situación, "su violencia tornase en suave caricia buscando los puntos vulnerables y la boca de Sor Inmaculada cede. En ese beso sensual se siente poseída. En ese beso entrega su alma. Sobre el lecho, dos cuerpos se unen en el frenesí de la pasión, hundiéndose en el abismo sin fondo de la voluptuosidad...". Una vez consumado el acto carnal, la monja se angustia y sale llorando. Por varios días Sor Inmaculada se encierra en su habitación sin comentar lo ocurrido a la Madre Superiora. Después de un largo silencio decide confesar lo ocurrido al padre Ubaldino, dando a conocer los pormenores del día que perdió su castidad. Esta fía noticia hace que el párroco tergiversa la confesión de Sor Inmaculada y decide desacreditar a otro cura para proteger a su sobrino, que por cierto, decidió optar por las sotanas: "Estudiar, nada menos que para sacerdote, una oportunidad con la que jamás había soñado. Sacerdote, comer bien, ganar mucho sin hacer nada".

La novela de Olga Bruzzzone es una denuncia a la vida interna en los claustros eclesiásticos; en donde confluyen aspectos muy humanos como el deseo de la carne, la ambición, el favoritismo, la impostura, la corrupción y la intriga, todo esto bajo el manto de un catolicismo calculador y politizado. Además, Bruzzzone nos muestra el poder que ejercía la Iglesia Católica en la esfera pública. Con respecto a este último punto, se puede indicar la vigencia de la Ley de fecha 20 de agosto de 1907, que fue introducida al Código Penal Boliviano -referido a los delitos contra la Religión y el Estado-, que en su

Artículo 139 reza como sigue: "Todo el que conspire directamente y de hecho a establecer otra religión en Bolivia, o a que la República deje de profesar la Religión Católica, Apostólica y Romana, es traidor y sufrirá la pena de muerte". Esta normativa penal fue abrogada mediante Decreto Ley N° 10426, tras la promulgación del Código Penal vigente a partir del 2 de abril de 1973.

Al poco tiempo de su publicación, la novela *Tras la cortina de incienso* recibió elogiosos comentarios, tal es el caso de la escritora Alcira Cardona Torrico, quien destacó la valentía de Bruzzzone por tocar aspectos clericales y manifestó que la obra bien podría ser situada entre *El Vicario* de Rolf Hochhuth o *La religiosa* de Denis Diderot. En medio de una favorable recepción académica, la escritora Olga Bruzzzone de Bloch decide emigrar a Canadá por cuestiones familiares (24 de septiembre de 1974). Al día siguiente de su viaje, agentes del Ministerio del Interior procedieron a confiscar los ejemplares en existencia en todas las librerías del país. Este hecho fue denunciado por la prensa nacional; al respecto, el matutino *Última Hora* (de fecha 30 de septiembre de 1974), se pronunció con la nota titulada: "Los tiempos de la hoguera ya pasaron: No voy a defender aquí un libro determinado ni a una autora en particular. Sólo voy a levantar mi voz por todos los libros y por todos los autores, que por lo visto, siempre enfrentan el riesgo de que un día, a la manera en que se lo hacía en los tiempos de la inquisición sean condenados a la hoguera por expresar ideas contrarias a las oficiales. El libro *Tras la cortina del incienso* del que la autora doña Olga Bruzzzone, acaba de ser incautada por agentes y orden del Ministerio del Interior (...). Está mal que se lo haya retirado del mercado, como si este fuera un país en que todos debamos marchar y pensar al unísono", indica M.E.G. En similar sentido, el periodista Ricardo Sanjinés publicó un artículo imparcial bajo el encabezado: "¡Cuidado...! Un libro satánico se vende en nuestras librerías", (Revista Semanal de *El Diario*, del 6 de octubre de 1974), entre otras.

Tres años después de este funesto suceso, la escritora Bruzzzone logró publicar en Colombia una segunda edición de la controvertida novela (Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1977), reimpresión que pasó totalmente desapercibida por círculos universitarios y académicos. Por ello, cuando se habla de censura no debe pensarse únicamente en la represión autoritaria, que es el resultado concreto de una presión oficial -ya sea directa o indirecta-, sino en el efecto que conduce a la larga el silenciamiento de textos que terminan relegando al libro y al autor en un total olvido.





Prórroga presidencial

El 15 de febrero de 1925, la señora Julia Bustillos de Saavedra, esposa del Dr. Bautista Saavedra Mallea, mediante una misiva reclamó al Dr. Daniel Salamanca Urey por su "manifiesto condenatorio y juicios exagerados sobre su esposo". En la edición 673 se publicó la nota de la Sra. Bustillos. A continuación la respuesta de Salamanca



Bautista Saavedra



Julia Bustillos de Saavedra

Segunda parte

La Paz, 23 de febrero de 1925

Señora
Julia Bustillos de Saavedra
Ciudad

Muy apreciada señora y amiga:

Recibí su carta de 15 de este mes y con ella un ejemplar del manifiesto de su esposo fechado en Arequipa.

Se muestra usted muy disgustada de algún juicio que consigné en un trabajo mío destinado a combatir la prórroga presidencial que ahora nos amenaza, y hace usted con ese motivo, una defensa de la administración de su esposo el señor Saavedra, descargando toda responsabilidad de sus desmanes sobre sus adversarios.

Aunque los recuerdos que hace y los juicios que formula tienen a mi modo de ver el deliberado propósito de herirme, no

quiero llamarme a resentido. Prefiero excusarla pensando que usted, sintiéndose ofendida en sus sentimientos de buena esposa y contrariada en los nuevos proyectos y esperanzas que su carta revela, no ha podido menos que perder su serenidad y desequilibrarse contra mi persona.

Si tuviera usted la bondad de pensar en la esposa del actual presidente, el señor Siles, vería usted cuán cierto es lo que digo. Estoy seguro de que la esposa del se-

ñor Siles, no sólo cree que la administración de su esposo es una maravilla incomparable, sino que juzga que todos sus adversarios son puros malvados que sólo obran por sus odios, sus despechos, sus ambiciones, sus deslealtades y en fin por todas las infamias posibles. Tal más o menos como usted me lo dice o me lo deja comprender.

Tampoco me sería posible, sin faltar a la más elemental cortesía, discutir con usted los recuerdos y

apreciaciones de su carta.

Yo tendría que rectificar algunos recuerdos, anotar hechos sumamente graves y hasta sangrientos que no tienen ni el pretexto del orden público, y formular juicios inevitablemente severos que lastimarían profundamente sus sentimientos de buena esposa.

Esto no lo haré en esta correspondencia mientras conserve algún dominio sobre mí mismo, y mucho menos con usted, por quien guardo el más profundo respeto y el más vivo afecto, pues siempre pensé y expresé que usted tenía un corazón más propio de un ángel que de una mujer.

Aunque sería para mí muy grato el complacerla, no podría hacerlo en esta ocasión sin faltar a la verdad en un asunto de interés público.

Mucho temo y creo, señora y amiga, que el juicio que tanto la ha mortificado, tiene que ser el juicio de la historia.

Con mis saludos a la señora Clotilde, reciba las expresiones de afecto respeto de su atento amigo.

Daniel Salamanca Urey



Daniel Salamanca